

SEMBLANZA DE MONSEÑOR FLORENTINO ARMAS OBISPO PRELADO DE CHOTA (1900-1979)

MONS. Emiliano CISNEROS, OAR

I. Los primeros años

San Millán de la Cogolla es un nombre vinculado desde hace más de un siglo a la orden de agustinos recoletos. Allí se establece la comunidad por vez primera en 1878, recibiendo el monasterio que se habían visto obligados a abandonar definitivamente los monjes benedictinos, sus primeros moradores, tras la desamortización del año 1835. En dicho pueblo abrió sus ojos a la vida quien con el tiempo llegaría a ser el primer obispo de la prelatura de Chota, monseñor Florentino Armas Lerena.

Su nacimiento tiene lugar el 16 de octubre del año 1900. Es fruto del matrimonio formado por los esposos Francisco Armas y Juliana Lerena, personas de arraigada fe cristiana, como tantos otros hogares del Valle de San Millán, que también han dado abundantes frutos de vocaciones sacerdotales y religiosas, principalmente para el instituto de los agustinos recoletos. Completan la familia cuatro hermanos: Elías, Agustina, Ángel y Luisa. Elías tuvo cinco hijos, uno de ellos, Juan Francisco, será sacerdote diocesano. Agustina tuvo nueve hijos, Ángel llegará a ser monje benedictino de Valvanera y Luisa morirá a la temprana edad de 20 años.

Recibe Florentino las aguas del bautismo en la iglesia del monasterio que hace las veces de parroquial, allí también se acerca por vez primera a recibir a Cristo en la comunión y se inicia en el ministerio del altar como monaguillo. En la escuela del pueblo recibe las primeras letras que le irán preparando para los estudios posteriores y en la plaza del convento, como tantos otros niños durante décadas, se entretiene con los juegos de la infancia.

Entre otras actividades, el monasterio de San Millán de la Cogolla acoge en uno de sus sectores el llamado colegio apostólico *San José*, destinado a ofrecer a los aspirantes al hábito agustino recoleto la formación humanística básica. En él ingresa Florentino cuando está para cumplir los doce años y allí completará a lo largo de tres años esta primera etapa de su formación religiosa.

Apenas cumplidos los 15 inicia el noviciado en el convento de Monteagudo, vistiendo el hábito agustino recoleto el 27 de octubre de 1915. Tiene lugar

la profesión de votos temporales en el mismo convento el 28 de octubre del año siguiente y, cumplidos los 21 años, emitirá los votos solemnes el 17 de octubre de 1921 en el convento de Marcilla (Navarra).

Después de la primera profesión continúa en Monteagudo (Navarra) los estudios filosóficos que culminará en San Millán en 1919. Los estudios de Teología los realiza íntegramente en Marcilla, culminándolos exitosamente el año 1923. El año anterior, el 10 de junio, había recibido en Pamplona el subdiaconado de manos de su obispo el agustino José López de Mendoza. Ministro ordenante para el diaconado fue otro obispo agustino, Mateo Colón, obispo titular de Andrapa, quien presidió la celebración en la iglesia del convento de Marcilla el 12 de noviembre de 1922. Finalmente recibió el presbiterado en Zaragoza de manos del arzobispo de la ciudad del Pilar, el cardenal Juan Soldevilla.

Sus primeros pasos en el ministerio los da en la residencia de Puente la Reina (Navarra). Allí la orden regenta una escuela y en ella se desempeña como maestro. Es su primer campo de apostolado y los destinatarios privilegiados de su atención más inmediata son los pequeños. En este trabajo pasa los primeros cuatro años de vida sacerdotal. Pero ya le están esperando nuevo destino y trabajos.

II. Los años venezolanos¹

1. *Las primeras experiencias pastorales*

Tras esa experiencia pastoral inicial en la escuela de Puente la Reina, su vida religiosa va a transcurrir durante más de 40 años en territorio venezolano. En él le tocará llevar adelante actividades de todo orden y asumir responsabilidades al servicio de la comunidad recoleta. Como miembro de la misión 33^a sale de España el 1 de octubre de 1927 y llega a Venezuela el 8 de noviembre juntamente con los padres Cecilio Recalde y Jesús Ganuza y el hermano Benito Sala. Permanece por un breve tiempo en el estado Falcón y en seguida pasa al estado Táchira, que será el primer campo de su actividad apostólica.

La presencia recoleta en el Táchira se había iniciado el año 1926 con la asunción del ministerio de la parroquia de Pedregal. A él seguirán nuevos com-

1 Muchos de los datos de este capítulo son tributarios de un escrito inédito del padre Jesús Lerena Lerena titulado «Datos biográficos, históricos, cartas y escritos sobre Mons. Florentino Armas Lerena. Venezuela», Barquisimeto 1993.

promisos parroquiales a partir de esa misma década y todos en pueblos no muy grandes, cada uno con sus anexos, comúnmente llamados *campos*. Tal es el caso de Lobatera, Borotá, San Pedro del Río, Táriba, Ureña y San Antonio del Táchira. En este marco geográfico inicia su actividad pastoral en tierras venezolanas.

En primer lugar atiende la parroquia de Pedregal entre los meses de enero y junio de 1928, como colaborador del párroco padre José Monasterio. Titular de la parroquia es San Nicolás de Tolentino, el santo cuyo nombre había elegido como patrón al iniciar su vida religiosa y titular también de la provincia religiosa en la que profesó. Seguidamente ayudará en la atención pastoral de Borotá y Lobatera (1928-1929) en unión del padre Pablo Martínez hasta que se encargue más directamente, ya como párroco, de San Pedro del Río desde marzo de 1929 hasta abril de 1930. En un principio reside en San Pedro del Río hasta que, por disposiciones superiores, vuelve a la comunidad de Lobatera.

Otro campo de trabajo pastoral de los recoletos en tierras tachirenses será la ciudad de San Cristóbal. Cuando el primer obispo de la nueva diócesis, Tomás Antonio Sanmiguel, admita a la orden en esa ciudad, después de algunos intentos fallidos, impondrá como condiciones atender la capilla de san Antonio y visitar, a modo de misión, el pueblo de La Fundación y los caseríos integrantes del municipio Cárdenas. El padre Florentino será quien acompañe a monseñor Sanmiguel, durante mes y medio, en la visita pastoral que realiza a la región del Uribante en 1930 dando así inicio a lo que será práctica misional de la orden en Venezuela hasta 1977.

De estos primeros tiempos de su ministerio pastoral podemos destacar algunos aspectos que aflorarán permanentemente en sus diferentes ocupaciones. Es un fiel y asiduo dispensador de los servicios normales en la atención pastoral de aquellos años. Se ocupa de cuanto se refiere al culto divino: celebración de la santa Misa, sacramentos, catecismos a niños y jóvenes, atención a las asociaciones piadosas y cofradías, visitas a los campos, atención a los enfermos..., en una palabra cuanto llenaba la vida de los sacerdotes más celosos. En carta a la familia se expresa así: «El trabajo es intensísimo».

Su manera de actuar puede quedar reflejada en las recomendaciones que años más tarde daría a un religioso joven: trato cariñoso a la gente, atención a los enfermos y oración por los difuntos. Seguramente ese consejo era fruto de su experiencia pastoral, pues si algo reflejan los testimonios de quienes tuvieron la suerte de conocerlo y ser atendidos por él es que supo ganarse el aprecio de sus feligreses, entre los que dejó profunda huella, y que muchos años después todavía recordaban detalles de su atención a los niños en los catecismos y cuando se acercaban a pedir su bendición, su asistencia a los enfermos y moribundos, sus visitas a los campos, su devoción a la Virgen y del rezo del breviario paseando alrededor de la iglesia.

La atención a las obras materiales relacionadas con iglesias, casas curales y otros centros de la actividad pastoral con frecuencia han ido unidas a la acción de los agustinos recoletos en los más variados campos de su presencia. Al padre Florentino le tocó ocuparse, de alguna manera, en ellas desde los primeros años. En Borotá completará el mosaico del piso de la iglesia, obra iniciada por el padre Pablo Martínez; a él le tocará colocarlo en las capillas del Sagrado Corazón, de san Antonio y del cuarto de la torre, más el bautisterio; también deja su huella en la casa parroquial. De su paso por San Pedro del Río deja constancia el impulso notable dado a las obras de la nueva iglesia parroquial, iniciadas por el párroco secular que le precedió, así como de importantes mejoras en la casa parroquial y la dotación de nuevas puertas a la iglesia existente, que ya resultaba pequeña para la población y demandas de los fieles.

Para conseguir los fondos necesarios para la realización de las obras y proyectos se las ingenia con los mismos feligreses, especialmente con los jóvenes. Una de las actividades de las que echa mano son las veladas teatrales que él mismo prepara y dirige. Así compromete a la feligresía en los proyectos de interés común y los va llevando adelante con esfuerzo y tesón.

El aprecio que se gana entre los fieles y la confianza en él depositada le llevarán a tomar parte activa en tareas de pacificación en tiempos de violencia en esa parte de la patria venezolana. Autoridades civiles y eclesiásticas de la región acudirán a él como mediador para pacificar a las gentes del páramo. No sin dificultades y con riesgo personal interviene para que elementos violentos, perturbadores de la paz social, depongan su actitud y vuelvan a la convivencia social pacífica. Los mismos que poco antes se habían enfrentado a los padres por su condición de extranjeros, ahora los buscan para verse libres de los peligros que se cernían sobre la convivencia pacífica en la zona. Muchos años después, ya prelado de Chota, seguía recordando esas intervenciones suyas como ministro de reconciliación entre los fieles.

Hay un detalle en su biografía de estos primeros años que puede ser indicador de su preocupación por el bienestar material de los feligreses. En el libro de gobierno de la parroquia de Lobatera quedan reseñadas dos pequeñas realizaciones: la compra de un pequeño lote de terreno para la construcción de un horno y la adquisición de una toma de agua.

2. Responsabilidades mayores

El buen desempeño del padre Florentino Armas en estos primeros años, unido a su responsabilidad personal y al buen espíritu religioso que le anima, mueve

a los superiores de la vicaría de Venezuela a confiarle diversas responsabilidades. En octubre de 1931 llega a Coro, en el estado Falcón, para hacerse cargo de la parroquia de San Antonio. La orden, presente en la capital de ese estado desde 1899, tenía a su cargo la iglesia de San Francisco y la parroquia de San Antonio, con su área urbana y un amplio campo en la llamada Sierra de Coro. Este será su campo de acción hasta mediados de 1933, en que será trasladado a San Cristóbal como superior de la nueva comunidad.

Como comunidad nueva carece de casa y sus tres miembros habrán de alquilar una para desde ella atender los dos compromisos asumidos con la mitra: capilla de san Antonio y pueblo de La Fundación, con sus campos, en el municipio Cárdenas. Ellos serán la puerta de acceso a una presencia más fuerte y significativa en un futuro no lejano. Él será el primer misionero itinerante por estas tierras de La Fundación y quien comience a dar pasos en orden a conseguir el terreno en que se asienten más adelante las obras de la comunidad. Su breve paso por este ministerio deja huella y abre el camino para el futuro.

A la estadía en la capital del Táchira seguirá su nombramiento para desempeñar en Puerto Cabello una nueva responsabilidad de servicio a la comunidad. En 1935 es nombrado superior de la comunidad asentada en esta importante ciudad, puerto de mar. Allí desempeñará también los oficios de vicario foráneo y párroco de San José. La orden recoleta tiene a su cargo las parroquias de la ciudad y otras más de pueblos cercanos. En este lugar y en estas responsabilidades permanece hasta agosto de 1942 con un paréntesis de 15 meses de reposo conventual en San Millán de la Cogolla. Desde 1940 se desempeña también como consejero de la vicaría.

Nuevas necesidades de la comunidad religiosa le llevan al año siguiente a la capital de la república donde permanecerá hasta 1950. En un primer momento se hará cargo de la dirección del colegio Fr. Luis de León, primera institución educativa formal de la orden en Venezuela, abierto un año antes. Las circunstancias en que le toca asumir el cargo no eran las más favorables, pero él, como siempre, está dispuesto a obedecer y afrontar la realidad. Como buen religioso tiene el convencimiento de que quien obedece nunca se equivoca.

Un año permanece al frente del colegio, pues en 1943 será nombrado vicario provincial de la vicaría de Venezuela y Trinidad, a la que pertenecen también los ministerios de la recién creada comisaría provincial del Perú. En estos años y hasta concluir la década tendrá también responsabilidades en la Sociedad Anónima de Beneficencia Recíproca, institución reconocida civilmente que representa los intereses materiales de la orden en el país.

Cuando concluye este servicio, tres años después, la comunidad seguirá confiándole nuevas responsabilidades y ahora le toca aceptar la presidencia de la

comunidad de Maracaibo, la segunda ciudad más importante del país. Siempre dispuesto a servir donde sean requeridos sus servicios, vuelve a hacer maletas para encaminarse a la ciudad del lago. Dos años permanecerá en este ministerio hasta que, con la creación de la provincia de San José, sea nombrado primer consejero de la misma y tenga que fijar su residencia en la ciudad de Caracas, sede del provincialato. En las ausencias del país del prior provincial para las visitas a España y Perú, él será quien quede al frente de los destinos de la provincia. En esta ocasión no concluirá el trienio pues nuevos encargos le llevarán por otros derroteros. El capítulo general celebrado en 1950 le elegirá tercer consejero y poco después será nombrado ecónomo general. Pero eso ya es otro capítulo.

3. Coro (octubre 1931 – junio 1933)

Coro había sido uno de los primeros campos apostólicos atendidos por los agustinos recoletos en territorio venezolano. En 1899 habían comenzado a recibir la atención de los recoletos Indalecio Ocio y Pedro Sanvicente. Sin embargo, este primer servicio se vio interrumpido desde 1906 a 1912 por causas ajenas a la voluntad de la comunidad recoleta. Los gratos recuerdos que habían dejado esos primeros religiosos, recuerdos que perdurarán durante muchísimos años, propician el retorno de nuestros frailes en 1912. El padre Florentino llega a ellos en octubre de 1931 permaneciendo en su servicio hasta julio de 1933. Se da la circunstancia de que entre diciembre de 1930 y octubre de 1931 había estado vigente una norma civil que disponía que sólo podían ser párrocos sacerdotes nacionales o nacionalizados, razón por la que la comunidad no atendió el ministerio durante ese corto período de tiempo. Al cesar dicha disposición fue el padre Florentino quien asumió la responsabilidad pastoral de párroco de San Antonio, ministerio que comprende también una zona extensa de la llamada Sierra de Coro.

Reconoce la labor de quienes le han precedido en este ministerio y destaca de ellos el celo apostólico desplegado en la organización de catecismos y asociaciones religiosas, que él considera la base insustituible sobre la cual se ha de levantar el sólido edificio moral de la parroquia. Esto nos lleva a pensar que, siguiendo lo que venía siendo su línea de trabajo iniciada en el Táchira y el reconocimiento que hace de la labor de sus predecesores, ese sería también el camino seguido por él con el toque personal de su dedicación sin reservas.

En lo que le toca iniciar obra es en la construcción de un templo nuevo para la parroquia de San Antonio. El templo primero, levantado con el esfuerzo y sacrificio de los moradores, era totalmente insuficiente para acoger a una población en aumento. Sacerdotes y fieles venían pensando y deseando contar con

otro capaz de acogerlos y que fuese digna casa del Señor. No habían faltado los deseos y los intentos por hacerlos realidad, pero una y otra vez se había topado con dificultades que no se habían superado. El padre Fulgencio Falces, testigo de estos inicios y continuador de la obra, emite este juicio acerca de la actuación del padre Florentino: «Quien merece un recuerdo constante en la parroquia de San Antonio de Coro es el reverendo padre fray Florentino Armas, quien viendo el progreso que se había observado en la parroquia, sobre todo el incremento en habitantes que había surgido, y viendo con tristeza de verdadero apóstol de Jesucristo la imposibilidad de sus feligreses de poder cumplir debidamente con sus deberes católicos, por lo reducida que era su capilla, se propuso llevar a cabo la idea que ardía en su corazón joven y lleno de energías de tumbar la capilla y levantar un nuevo templo, grande y espacioso que pudiera llenar todas las necesidades de sus feligreses». Feliciano Alonso y Pablo Martínez, refiriéndose a esta obra escribieron: «El P. Florentino Armas, superando obstáculos, desoyendo voces desalentadoras y pesimistas, halagado a la vez por lisonjeras promesas del ciudadano presidente del Estado, general León Jurado, se lanzó a la obra de construir un nuevo templo parroquial para la feligresía de San Antonio, verdadera empresa romana en tiempo de tan aguda crisis como reinaba a la sazón en toda la región falconiana».

El 5 de febrero de 1933 se colocó y bendijo la primera piedra en acto que contó con la concurrencia de autoridades eclesiásticas, civiles y militares, además de la feligresía llena de alegría y entusiasmo. Cuando, cinco meses más tarde, haya de dejar este ministerio para asumir nuevas responsabilidades, ya estarán levantadas las paredes exteriores con las columnas y arcos del proyectado templo, cuyas dimensiones son de 43 x 17 metros y que consta de tres naves. El párroco había sido capaz de entusiasmar a la feligresía de suerte que todos se sentían comprometidos en la obra y colaboradores de la misma. Si bien al padre Florentino le tocó iniciar la obra y dar los primeros pasos, fueron otros los que la llevaron a su culminación. La obediencia llevó a nuestro protagonista por otros derroteros, pero todos le han reconocido la paternidad de la obra por su decisión de iniciarla y movilizar a los fieles en el empeño.

Otra de sus iniciativas en este período fue la creación de la publicación parroquial *El auxiliar del párroco*. Como confirmaremos más adelante, el padre Florentino creía en la prensa chica. Será un instrumento del que eche mano en diversos ministerios en los que le toque desempeñarse. Veía en ella una manera de mantener viva la conexión con la parroquia, de llegar a aquellos que tal vez no se acercaban al templo y de llevar instrucción religiosa a una feligresía que, seguramente, no andaba sobrada de instrucción catequética. Es una muestra más de su interés primordial: la salvación de los fieles.

4. San Cristóbal (junio 1933-septiembre 1935)

No fue fácil conseguir entrada en la ciudad de San Cristóbal ni por parte de la diócesis ni por la de la orden. Con todo en julio de 1933 se hacía realidad gracias a un compromiso bilateral entre monseñor Tomás Antonio San Miguel y la orden en que se asumían determinados compromisos y derechos relacionados con la instalación definitiva de una comunidad; en concreto: atender la capilla de san Antonio en la sede episcopal y el pueblo de La Fundación con todos sus caseríos en el municipio Cárdenas. El padre Florentino fue el primer superior de la nueva comunidad y el primer misionero en internarse por la región del Uribante, que en las décadas siguientes sería campo misional permanente para la comunidad de San Cristóbal.

El trabajo pastoral es el propio de una residencia de la época: culto, celebraciones de fiestas y patronos, predicación en las diversas iglesias que requieren sus servicios, asociaciones, cofradías, enfermos, hospitales, clases y acompañamiento al diocesano en algunas visitas pastorales. Durante su gestión se van dando pasos en orden a la adquisición de terreno en que construir casa para la comunidad y templo propio y apropiado al servicio que se quiere prestar en la ciudad y diócesis. Las gestiones que él inicia no llegan a puerto, pero preparan el terreno para que puedan alcanzarlo quienes vengan después. El buen hacer del padre Florentino y de sus acompañantes, conocidos sobradamente por el obispo diocesano, de quien son colaboradores cercanos en el servicio pastoral, principalmente en visitas pastorales y en la misión del Uribante, y sus méritos iban preparando el terreno para lo que se haría poco después. Con los permisos de la curia diocesana y del gobierno de la Orden se adquirirán los terrenos en los que poco a poco se irán construyendo la casa de los religiosos y la iglesia de San José, orgullo y ornato de la capital tachirense. También aquí le tocó al padre Florentino poner los cimientos de lo que después ha venido a ser, durante ochenta años, uno de los centros importantes de la presencia y acción recoletas en tierras de Venezuela.

5. Puerto Cabello (septiembre 1935 – febrero 1941)

La ciudad de Puerto Cabello va a ser el siguiente escenario del quehacer religioso y pastoral del padre Florentino Armas. Había entrado en la vida de la orden a comienzos del siglo xx, concretamente el año 1902. Las atenciones tenían como puntos de referencia las iglesias parroquiales de la ciudad más la atención a las comunidades de religiosas y a los centros hospitalarios. A partir del 1919

se acepta el compromiso de atender una serie de municipios foráneos que otrora habían sido florecientes parroquias pero que en ese momento se encontraban en situación de casi total abandono y postración por falta de sacerdotes. Este será el campo de acción de los recoletos durante muchos años y el escenario en que habrá de desenvolverse la vida el padre Florentino, a partir de julio de 1935, como superior de la comunidad, vicario foráneo y párroco. Cuando se piensa en él para el cargo se esperaba que «había de llenar cumplida y satisfactoriamente el vacío de su antecesor (P. Eugenio Galilea) y había de ganarse las simpatías de la feligresía porteña»²).

Como en todo lugar, se entrega en cuerpo y alma a la tarea asumida: mantiene todo lo bueno existente: culto, catecismos, escuelas nacionales..., renueva y fortalece asociaciones con tradición, como la Sociedad del Santísimo y la de la Doctrina cristiana, y abre camino a iniciativas nuevas como la juventud femenina de Acción Católica, los talleres de la caridad de santa Rita de Casia y una escuela parroquial que, con el nombre de «San Agustín», no podrá consolidarse por las dificultades encontradas para su funcionamiento.

La fe en la eficacia de la prensa chica le lleva también aquí a publicar la hoja parroquial que con el título de *La voz parroquial* le servirá para formar en la doctrina católica, instruir a los fieles e informar sobre la vida de la Iglesia y proyectos parroquiales.

También aquí le tocó atender las necesidades materiales de los templos. Concretamente la iglesia del Rosario recibió de su interés por la casa de Dios el mejoramiento de sus pisos, bancos nuevos y la instalación de ventiladores. Sin embargo, la obra material que más tiempo y dedicación requirió de nuestro personaje fue la iglesia de San José, cuyo proyecto grandioso, capaz de asustar al más osado, esperaba la mano amiga y el corazón decidido que asumiese el reto. Con la experiencia atesorada en Coro y contando con las buenas palabras y promesas de las autoridades civiles y otros estamentos de la sociedad se pone en marcha para llevar a cabo la gran obra. Inicia los trabajos en 1938 confiando en la Providencia y en la generosidad de la ciudadanía. Apenas cuenta con recursos materiales, pero, como aconsejará después a jóvenes sacerdotes, las obras las tenemos que comenzar con lo que tenemos y, a medida que avanzan las obras, los fieles irán contribuyendo más. Era su fe y su experiencia, y el tiempo le dará la razón. Cuando interrumpa temporalmente su servicio a esta comunidad en 1941 ya ha podido levantar columnas y arcos y techar las naves laterales y la central, dejando construida también en gran parte la base de la cúpula que tendrá doce metros de diámetro.

2 *Libro de consejos de la Vicaría de Venezuela, p. 191.*

El nuevo templo será bendecido en abril de 1943 por el obispo diocesano Gregorio Adam quien, en la ocasión, elogió la labor de los agustinos recoletos, teniendo un recuerdo y mención especial del padre Florentino Armas.

Paralela a la obra de la iglesia de san José fue la construcción de la casa parroquial, aneja al mismo templo. Consta de dos plantas, la primera para las atenciones de la feligresía y la segunda para vivienda de los religiosos. Antes de partir el padre Florentino para España, donde residirá en el convento de San Millán de la Cogolla hasta mediados de 1942, se hará el traslado de la comunidad a la que será su residencia durante muchos años.

Durante su estadía en Puerto Cabello, en 1940, fue nombrado consejero de la Vicaría de Venezuela.

6. Caracas: Fray Luis de León (agosto 1942 – octubre 1943)

A su regreso de España Puerto Cabello le dispensa una multitudinaria acogida. Pueblo y autoridades esperan en el puerto el desembarco de quien ha sido su pastor y el principal promotor de una obra que enorgullece a los porteños. Pero ahora le toca nuevamente iniciar su servicio sacerdotal y religioso en otro lugar. La obediencia le lleva al colegio Fray Luis de León de la ciudad de Caracas.

Era éste una obra nueva en la orden. Cuenta apenas con un año de existencia y se encuentra sumido en graves dificultades. Los superiores piensan en el padre Florentino como la persona que, por su prudencia y virtud, puede conducir todo de acuerdo a los intereses comunitarios. Él, siempre dispuesto a hacer lo que la obediencia disponga, acepta desempeñarse como director y administrador del mismo y superior de la comunidad religiosa que atiende el colegio. Su permanencia en el cargo fue breve, apenas un año, pues en octubre de 1943 será nombrado vicario provincial de Venezuela, de la provincia de San Nicolás de Tolentino, en la que había profesado y a la que pertenecía en ese momento.

7. Vicario provincial (octubre 1943 – mayo 1946)

La trayectoria vital y religiosa del padre Florentino Armas le va llevando a asumir, por decisión de sus superiores, responsabilidades cada vez mayores. Así, en 1943 es nombrado vicario provincial de Venezuela, que en esas fechas comprendía los ministerios de la citada república más los existentes en la isla

de Trinidad y en la República del Perú. Como superior mayor tiene la misión de velar por la auténtica vivencia de los compromisos religiosos, promover la vida comunitaria y cuidar del fiel cumplimiento de los compromisos eclesiales asumidos por la orden. En tal sentido visita cada año los ministerios de Venezuela y Trinidad disponiendo en cada caso lo que su celo por la observancia religiosa le dicta en cada lugar. En el desempeño de esta misión llega por vez primera al Perú acercándose a los diversos ministerios. Se da la circunstancia particular de que en aquella ocasión no pudo llegar a Chota y Cutervo por ser invierno y resultar totalmente imposible la llegada a estos lugares que el Señor le tenía especialmente reservados para más adelante. En su doble intento por estar en Chota y Cutervo, sólo alcanza a llegar a Hualgayoc y Llama. No se olvida de los religiosos que moran en ambos ministerios y les dirigirá un mensaje con palabras de aliento.

Decisiones importantes durante su gobierno al frente de la vicaría fueron la ejecución de las órdenes superiores de cerrar el noviciado de Palmira y el colegio apostólico. Eran los años de la segunda guerra mundial y de penurias económicas para la provincia de San Nicolás, cortadas las comunicaciones con las Islas Filipinas, sumidas en el conflicto bélico. Esta situación le inspirará una circular pidiendo oraciones por los hermanos que se encontraban en el archipiélago magallánico. Otra adversidad tuvo que afrontar cuando le lleguen noticias de que las obras de la iglesia de la Consolación de Maracaibo han colapsado por deficiencias en los cálculos del proyectista. Años más tarde volveremos a encontrarlo haciendo frente una vez más a lo que exijan las condiciones y circunstancias de esta obra.

Como responsable primero de los intereses materiales de la vicaría asumirá también ante la sociedad civil la representación de la Sociedad Anónima de Beneficencia Recíproca. Durante su gobierno se adquiere una casa contigua al colegio Fray Luis de León y se aprueban los planos para reformar la casa y colegio, se autoriza la construcción de varias casas en Macuto, como fuente de financiación propia, y también la construcción de nuevas habitaciones en la casa de San Cristóbal; todo encaminado a atender las necesidades de los religiosos y cuidar el futuro de la comunidad.

8. Maracaibo (junio 1946 – octubre 1948)

Concluido el trienio de su servicio como vicario provincial, la comunidad le confía la dirección de la comunidad de Maracaibo. La presencia recoleta en la ciudad del lago data del año 1899, si bien la instalación en la que ha venido siendo su centro principal —la casa e iglesia de la Consolación— no llegará a ser el punto fuerte de la presencia hasta muchos años después. Cuando llega el padre

Florentino como superior de la comunidad en 1946 se atendía la iglesia de Santa Ana, amén de capellanías, apoyo a párrocos, acompañamiento a obispos, hermandades, cofradías... El proyecto de casa e iglesia propias estaba ya en marcha, pero el derrumbe de los arcos centrales y gran parte de las naves laterales tenía paralizadas las obras.

Una vez más y como siempre nuestro religioso asume en primer lugar el cuidado de la observancia regular en el seno de la comunidad y la atención diligente a todo cuanto se refiere al culto y demás servicios religiosos. Por encima de todo, se siente y quiere ser religioso observante y pastor celoso. Acoge todo lo bueno que allí encuentra y procura revitalizar cuanto pueda necesitar de nuevo impulso. En este sentido retoma la publicación *Ecos del Consuelo* con la que pretende insuflar nuevo ardor a una asociación marcadamente agustiniana como es la de la Consolación y Correa; le servirá también para alentar los trabajos que quiere reiniciar ordenados a la conclusión del templo proyectado y derrumbado.

Poco después de iniciar su mandato pone manos a la obra para sacar adelante el proyecto del templo. No faltan dificultades y oposiciones. Mientras unos piensan en la necesidad de la demolición total de lo construido con anterioridad, otros apuestan por salvar lo salvable. El padre Florentino gestiona la elaboración de nuevos planos y los permisos ante las autoridades de la orden. Al mismo tiempo motiva a la feligresía a participar en las diversas actividades orientadas a la consecución de fondos. Por entonces celebra sus 25 años de sacerdote y los 50 de la presencia de la comunidad recoleta en la ciudad de Maracaibo. Ambas celebraciones son propicias para que los donativos económicos ofrecidos en esas ocasiones sean destinados a la obra del templo de la Consolación. El 30 de agosto de ese año 1948 comienzan de nuevo las obras.

También ahora, al igual que en Coro, le toca iniciar y dejar la obra en marcha para que otros la continúen. Él ha hecho lo que le ha tocado hacer. No conoce los planes de la Providencia y sencillamente se ha dedicado a hacer lo que había que hacer en el momento concreto que le ha tocado vivir. Si el fraile es siempre un peregrino, la trayectoria del padre Florentino lo pone en evidencia de una manera palpable; apenas permanece en los diversos lugares en que la Providencia le ha deparado servir y continuamente ha de levantar la tienda para ir a nuevo destino. Ha ido, se ha entregado, se ha ganado el afecto de la feligresía, ha hecho lo que las circunstancias le exigían y una vez más le toca hacer maletas, ahora para volver a Caracas en momentos en que la orden inicia un nuevo capítulo de su historia secular con la creación de la provincia de San José.

9. Primer definidor de la nueva provincia de San José: Caracas (octubre 1948-1950)

La aspiración a que la vicaría de Venezuela fuese la base de una nueva provincia de la orden era un proyecto ya asumido. El capítulo general de 1938 había pensado que la creación de nuevas provincias daría un mayor crecimiento y desarrollo a la orden y creía que Venezuela ofrecía posibilidades para tal proyecto. Su decisión hubo de quedar en cierto modo aparcada por las circunstancias que acompañaron los comienzos de la década siguiente con la segunda guerra mundial. Apenas superadas parcialmente las dificultades de dicha situación, el generalato y la provincia de San Nicolás retoman el proyecto. Fruto de ese intercambio es la creación de la provincia de San José con fecha 1 de octubre de 1948. Con la creación de la provincia el padre Florentino Armas es nombrado primer definidor (lo que hoy se conoce como vicario de la provincia) y, en consecuencia, es el colaborador más inmediato del nuevo provincial, padre Ángel Sáenz.

Continúa, pues, en puestos de alta responsabilidad. Como consejero le toca acompañar al provincial y miembros del consejo en la organización de la nueva provincia que ha de atender los compromisos comunitarios en Venezuela, Perú y el convento de San Millán de la Cogolla. Tiempo de organización, de decisiones, de ejercicio de responsabilidades, y ahí una vez más encontramos al padre Florentino Armas, que no se busca a sí mismo ni la figuración personal, sino que se considera como siempre un fiel servidor de Dios en el servicio de la comunidad a la que ha sido llamado.

Esta nueva responsabilidad le vuelve a llevar a Caracas, donde está la residencia del provincial. Tampoco esta vez su permanencia va a ser prolongada. Antes de concluir el trienio, en 1950 se celebra capítulo general y el padre provincial asiste al mismo en su condición de tal; mientras el padre Florentino queda en Caracas al frente de los asuntos de la provincia.

Una nueva sorpresa le depara este capítulo. El padre Eugenio Ayape, general electo, lo propone para que sea uno de sus definidores o consejeros y como tal es elegido por la asamblea. La curia general tiene su sede en Roma y a la capital de la cristiandad dirigirá pronto sus pasos el padre Florentino para hacerse cargo de sus nuevas responsabilidades.

III. Los años romanos (1950-1962)

Acostumbrados a ver al padre Florentino Armas pasar rápidamente de un ministerio a otro en la república venezolana, lo encontraremos ahora durante doce

años en la ciudad de Roma. El capítulo general celebrado en Marcilla del 22 al 29 de mayo de 1950 lo eligió tercer definidor o consejero del nuevo general fray Eugenio Ayape. Los definidores de esa época, además de consejeros del superior general, eran también representantes de los intereses de su provincia dentro del consejo. Dejará pronto las tierras venezolanas para trasladarse a la residencia de Sistina 11, en la ciudad de Roma. Esta será su casa en los próximos años. Hacía poco tiempo que la residencia de la curia general había sido trasladada de Madrid a Roma y en esta casa formará comunidad con los miembros de la curia y con los jóvenes sacerdotes que cursan estudios en las universidades romanas.

En la distribución de responsabilidades dentro del consejo general le tocó al padre Florentino asumir la de ecónomo general para la que fue elegido el 29 de julio; ésta será su principal ocupación en los próximos años.

Por delegación del padre general preside en Caracas el primer capítulo de la provincia de San José. La delegación incluía también la aprobación de las actas, determinaciones y elecciones del mismo. Era un nuevo servicio a la orden y a la provincia de san José.

Dentro del sexenio tiene lugar la bendición y colocación de la primera piedra del colegio *Santo Tomás de Villanueva* en la ciudad de Salamanca. Una de las determinaciones del capítulo provincial de San José de 1954 era la construcción de un nuevo seminario para profesos en la ciudad de Salamanca, dedicado a santo Tomás de Villanueva. Era un proyecto provincial que también interesaba vivamente a la orden. En la ocasión (12 de octubre de 1955) se encuentran presentes el obispo diocesano, las autoridades de la orden y la provincia, religiosos de las provincias recoletas presentes en España, comunidades religiosas de la ciudad, clero y autoridades civiles y militares. El padre Florentino es el encargado del discurso oficial y, al decir del cronista, resaltó la importancia del acto exponiendo el significado y trascendencia del mismo, siendo muy aplaudido.

Durante la celebración del capítulo general de 1956 que se realiza en Madrid (Cea Bermúdez 59) del 14 al 22 de mayo preside la misa por los religiosos difuntos de la orden. Reelegido el padre Eugenio Ayape como prior general, vuelve a contar con el padre Florentino, que es elegido tercer definidor y, poco después, se le renueva el cargo de ecónomo general.

Una de las realizaciones de este período, en cumplimiento de lo dispuesto por el capítulo general, es el traslado de la curia general a nueva casa. Como ecónomo se le encarga en seguida recabar informaciones sobre los posibles lugares donde ubicarla. En 1957 se decide comprar terreno en el EUR y un año más tarde se toma la decisión de adquirir el edificio, ya construido, ubicado en el Viale dell'Astronomia 27. A él le corresponderá también acomodar y equipar la capilla, las salas comunes y las habitaciones para los religiosos. En mayo de 1958 ya se

encuentra en la casa en compañía del hermano Emilio Diez; así lo consigna en una carta dirigida a la futura beata María de San José. La erección canónica de la casa tiene la fecha del 19 de diciembre y el traslado de la comunidad se hará efectivo el 19 de febrero del año siguiente. En mayo del año anterior el padre Florentino y el hermano de obediencia se habían trasladado a la casa recién adquirida y había comenzado la atención del culto en la capilla dedicada a la Virgen de la Consolación.

Una muestra más de la confianza depositada en el padre Florentino por el general padre Ayape la encontramos en las tareas que ha de realizar por delegación en estos años. En julio de 1957 preside de nuevo el capítulo provincial de San José, que tiene lugar en Caracas. Poco después gira la visita canónica por delegación a las casas de la provincia de la Candelaria en Colombia y Panamá y, en septiembre, preside en Bogotá su capítulo provincial. En ambos capítulos, con las facultades recibidas, no sólo preside su celebración sino también el consejo pleno y aprueba las actas, determinaciones y elecciones. En total son cuatro meses dedicados a estos servicios, a nombre del padre general, en tierras americanas.

En la fiesta de Todos los Santos del año 1958 tuvo lugar la bendición solemne del colegio *Santo Tomás de Villanueva* de Salamanca. En esta ocasión también fueron muchos y muy ilustres los presentes. Además del obispo diocesano están las autoridades de la orden, las civiles y militares de la ciudad y muchos otros. Invitado especial fue también en esta ocasión nuestro protagonista, a quien le cupo el honor del discurso de orden. El cronista de ocasión lo resumen como «discreto, oportuno y elocuente». En él alude a la historia de los recoletos en la ciudad de Salamanca, recuerda el ejemplo de quien es el titular del nuevo seminario y hace votos para que la comunidad de este teologado sea floreciente por el número y calidad de vida de sus miembros, para bien de la provincia y su servicio a la Iglesia y a la humanidad.

Considero importante reseñar en estos años romanos la relación del padre Florentino Armas con la madre María de San José, fundadora de la comunidad de agustinas recoletas del Corazón de Jesús, la futura beata María de San José. La madre María tuvo siempre una relación muy intensa con la comunidad recoleta de Venezuela y son varios los religiosos que están muy presentes en su vida y en el devenir de su comunidad, nacida en los albores del siglo xx. El padre Florentino Armas fue uno de ellos. Las hijas de la madre María lo recuerdan como uno de los que influyeron notablemente en las fundaciones de Maracay, Casa Padre Frías de Palmira, Coro, Colegio Coromoto de Puerto Cabello, Hospital de Calabozo, entre otras, además de otros servicios como la asistencia espiritual prestada con charlas, retiros, confesiones...

La estada en Roma del padre Florentino coincide con momentos importantes en la vida de la congregación. Nacida como pía unión en 1901 es reconocida

como congregación de derecho diocesano por el arzobispo de Caracas en 1927. En 1950 es agregada a la orden de agustinos recoletos y en 1952 es reconocida como de derecho pontificio. En los trámites previos a este reconocimiento no faltan las consultas con el padre Florentino, ya en Roma, y con la curia general. Temas de consulta que aparecen en la correspondencia cruzada entre ambos son algunos relacionados con el gobierno interno de la congregación, su agregación a la orden, cambio de nombre, economía, asuntos jurídicos como el traslado de la sede del noviciado, los permisos requeridos y las autoridades ante quien presentarlos, fundación en Italia, estudios de religiosas... Estas vinculaciones de ahora explican su presencia, años después, siendo ya obispo, en las celebraciones del centenario del nacimiento de la madre fundadora, especialmente invitado por las superiores de la comunidad.

Su desempeño en el servicio a la orden como consejero concluye con el capítulo general de 1962, que se realiza también en Madrid. En esta ocasión recibe el encargo de presidir la misa al Espíritu Santo en la jornada de elecciones y dirigir la palabra a la asamblea capitular. Había desempeñado el cargo durante dos sexenios, había gozado de la confianza del padre general y de la fraternidad de quienes le acompañaron en la curia, se disponía a entrar en la última etapa de su vida y pensaba continuar su vida y servicio en su provincia de San José en un puesto discreto, de segunda fila. Pero otros eran los planes de Dios y los pensamientos de sus superiores.

IV. Un breve paréntesis (1962-1963)

De breve paréntesis podemos calificar el período transcurrido entre su cese como consejero general y el nombramiento como prelado de Chota. La conclusión de su período como consejero general en junio de 1962 coincide con el nombramiento para el mismo cargo del padre Julio Calleja, a la sazón vicario de la provincia de San José en Venezuela. Para cubrir esta vacante en el año que falta para la celebración del próximo capítulo provincial de San José el consejo de la provincia piensa en el padre Florentino y en el mes de julio recibe el encargo oficial de regir los destinos de la vicaría de Venezuela como vicario provincial. Una vez más se encuentra en tierras venezolanas y asumiendo un cargo de responsabilidad. Es una muestra más de la confianza que en todo momento depositaron en él los superiores de la comunidad.

La vicaría provincial de Venezuela siempre había sido un punto de referencia importante en la provincia de San José y lo era también en ese tiempo. Contaba a la sazón con un número considerable de religiosos, compromisos pastorales

en varias ciudades importantes del país y en otros lugares de menor rango, tres colegios dedicados a la educación de la niñez y juventud en la ciudad de Caracas y la atención al leprocomio de la isla de Providencia. Muy importante y delicada labor que requería de la atención de quien estaba al frente de la comunidad cuidando de la observancia religiosa de sus miembros y del fiel cumplimiento de las responsabilidades asumidas corporativamente.

Inmerso en estas ocupaciones le llega la propuesta para prelado de la prelatura de Chota a punto de ser creada. Podría pensarse que el nombramiento suponía el cese inmediato en sus funciones como superior religioso. De hecho, seguramente por las circunstancias del momento, en el mes de mayo le vemos siguiendo en contacto epistolar con el superior de la provincia y despachando los asuntos ordinarios de gobierno. La Guaira, Maracay, Palmira, el colegio Cristo Rey y asuntos personales de varios religiosos aparecen en esta correspondencia, muestra clara de que siguió llevando el peso de las responsabilidades vicariales hasta su viaje al Perú.

V. Prelado de Chota (1963-1976)

1. Gestación de la prelatura

A mediados de la década de los años cincuenta del siglo pasado, la Nunciatura Apostólica en el Perú traza un plan para propiciar una presencia más vigorosa de la Iglesia en el país. Tenía en cuenta el aumento de la población, el insuficiente número de clérigos, la amplitud de los territorios diocesanos existentes y las inquietudes de orden social que se sentían cada vez con mayor fuerza en el territorio nacional y en general en toda América Latina. Para ello invita a comunidades religiosas masculinas y femeninas a que se hagan presentes con sus obras en lugares nuevos, casi siempre alejados de los tradicionales en que habían desarrollado su carisma y acción pastoral. Esto dará lugar a la apertura de nuevas obras misionales, pastorales, educativas, sanitarias y de acción social en muchos puntos de la geografía peruana. La invitación cursada a comunidades religiosas masculinas dará lugar a nuevas jurisdicciones eclesiásticas que serán encomendadas a institutos religiosos. Entre 1957 y 1964 se crean once prelaturas, aparte algunas diócesis y vicariatos. Las provincias de Chota y Cutervo, territorio de la futura prelatura, comparten la realidad política, social y eclesial general en todo el país. A lo largo del siglo habían pertenecido a la diócesis de Cajamarca y sólo en los últimos años habían formado parte de la nueva diócesis de Chiclayo.

Los agustinos recoletos se encontraban presentes en Cutervo y Chota desde la década de los años 40 y, a la hora de pensar en una de las jurisdicciones a crear y en la comunidad que podría hacerse cargo de ella, el representante pontificio se dirige a los superiores de la comunidad. A tal fin, escribe al prior general Eugenio Ayape solicitando el compromiso de la orden. La propuesta presentada a fines de 1961 encuentra pronta y favorable respuesta con el consentimiento de la provincia de San José, que era la que se encontraba presente en la zona y sobre la que habría de recaer el mayor peso del reto. Estamos en los meses de marzo y abril de 1962. Se da la circunstancia de que el padre Florentino Armas era miembro del consejo general cuando se recibe y acepta la propuesta del representante pontificio. Los trámites siguieron su curso.

2. El padre Florentino Armas, prelado de Chota

En junio de 1962, como se ha señalado, el padre Florentino concluye su servicio en la curia general, retorna a la provincia de San José y asume nueva responsabilidad en la vicaría de Venezuela. En esas estaba cuando recibe carta del nuncio apostólico en el Perú, Rómulo Carboni, fechada el 11 de marzo de 1963, notificándole «que el Santo Padre se ha dignado crear la prelatura *nullius* de Chota y nombrarle prelado Nullius de dicha prelatura. Ruego a vuestra reverencia me trasmita, a la mayor brevedad, su consentimiento, a fin de que pueda informar a la Santa Sede y así ultimar los trámites pertinentes».

Es interesante conocer la respuesta del electo: «... debo manifestarle con toda sinceridad que el nombramiento de prelado de la nueva prelatura Nullius de Chota recaído en mi humilde persona me ha sorprendido e impresionado vivamente, pues confieso que no me considero digno de tal distinción por carecer de las dotes requeridas para el buen desempeño de tan alta misión. Mi primera intención ha sido presentar la renuncia, pero después de consultarlo en confesión y ante el Santísimo y teniendo presente que no es consulta sino nombramiento ya hecho por el Santo Padre, me resigno a aceptar la designación como voluntad de Dios nuestro Señor». El 29 de marzo el nuncio apostólico en el Perú le comunicaba: «Tengo el agrado de comunicar a vuestra reverencia que el Santo Padre se ha dignado nombrarle prelado Nullius de la prelatura de Chota. Esta noticia será publicada en el *L'Osservatore Romano* el día miércoles, 10 de abril del presente año. Hasta esa fecha, tanto la erección de la prelatura, como su nombramiento quedan bajo la obligación del Secreto S. Officii». La bula de nombramiento, al igual que la constitución apostólica de creación de la prelatura Nullius de Chota, lleva la fecha del 7 de abril de 1963, quinto del pontificado del papa reinante, el hoy san Juan XXIII.

3. *La publicación*

Hecha la comunicación por parte de la Santa Sede, de inmediato comienza a circular la noticia en todas las direcciones. La vicaría del Perú es la primera en conocerla y felicitar al prelado electo. Todas las comunicaciones expresan la alegría por el alto encargo hecho a la orden por la Santa Sede, se congratulan por la elección del prelado y hacen referencia a las virtudes que lo adornan. El padre general, Ángel Almárcegui, en carta personal se expresa de este modo: «La designación de V. P. Reverendísima constituye para cuantos tenemos la dicha de conocerle una prenda de progreso espiritual y de acierto en el gobierno de la nueva prelatura».

El padre provincial de San José, Víctor Hermosilla, en circular dirigida a los religiosos afirma: «... el padre Florentino es un religioso insigne que tiene una larga y apretada hoja de servicios, cuajada de realizaciones y de méritos en las múltiples actividades a que ha estado consagrada su vida [...] Todos conocemos al padre Florentino y conocemos sus dotes y virtudes: prudencia, rectitud, celo, delicadeza, trato amable, vigoroso espíritu religioso». En términos semejantes se expresan quienes le han conocido de cerca y se han hecho presentes con sus comunicaciones con ocasión del nombramiento. Ahí están para confirmarlo los padres Eugenio Ayape, Gregorio Armas, Jenaro Fernández, José Abel Salazar, Victorino Capánaga, Diego Izurzu, Julio Calleja, Ángel Latorre, Simón Sabio, Simeón Díaz, Feliciano Díez, Joaquín Urdiciáin... y algún otro que pronto será cercano y fiel colaborador, como el padre José Arana, a la sazón párroco de Chota.

Quienes le han conocido en otros ámbitos manifiestan sentimientos y pareceres similares. Así los obispos de Valencia, José Alí Lebrún, y de Maracaibo, Domingo Roa Pérez, los monseñores Jesús María Pellín y José Teodosio Sandoval; las religiosas Madre Águeda de Jesús, de las agustinas recoletas del Sagrado Corazón de Jesús, y la hermana Benigna María. No faltan otras de amigos y antiguos parroquianos. Entre éstas destaca la dirigida por un grupo de feligreses de San Pedro del Río, uno de sus primeros ministerios sacerdotales, a los que responderá bendiciéndolos junto con el «pueblo todo de San Pedro del Río que recuerdo con cariño y gratitud».

Ante la noticia de su nombramiento y las muestras de aprecio y reconocimiento a su trayectoria religiosa y pastoral, él se siente, en su humildad, confundido y como avergonzado. Dan fe de ello las respuestas a las cartas recibidas. Dos botones de muestra. En carta al prior general, agradeciendo su saludo como prelado electo y sus «laudatorias expresiones en favor de este pobre fraile» afirma: «Con toda verdad le digo que no soy digno de ellas y... semejante lenguaje me apena y confunde y me compromete y obliga a trabajar sin descanso por adquirir

esas virtudes que me atribuye y no poseo». Al vicario del Perú Feliciano Díez le escribe: «Le diré que la orden, y particularmente nuestra provincia, está de plácomes por la confianza que ha depositado en ella la Santa Sede al encomendarnos la prelatura Nullius de Chota; pero considero que la falla ha estado en la designación de la persona para gobernarla; y esto lo digo sin rodeos y sinceramente. A mi edad, sin conocer el ambiente y carente de las cualidades requeridas para tal misión, sólo puede garantizar el éxito la gracia abundante de nuestro Señor y las oraciones y ayudas de todos...». Esas oraciones las pide a todos y cada uno de sus ocasionales corresponsales.

4. Camino de Chota

Pasada la novedad de los primeros días y semanas, había que comenzar a pensar en el viaje de Caracas, donde residía, hacia el Perú, su nuevo destino. Continúa atendiendo los asuntos de la vicaría recoleta de Venezuela y espera órdenes para ponerse en camino. En carta dirigida al provincial de San José, con fecha 15 de mayo, da señales de seguir al tanto de los asuntos de gobierno de la vicaría. Por otra parte cree que debe esperar noticias sobre la llegada de la bula de nombramiento para ponerse en camino. En el mes de junio tiene conocimiento de que ya se encuentran en Lima los documentos y comunica al nuncio su intención de viajar de inmediato. El día 18 de junio, en vuelo de *Iberia*, llega a Lima a las 9 de la noche, siendo recibido en el aeropuerto limeño por una comisión del ministerio de Justicia y Culto, integrada por el capitán ayudante Augusto Barriga, en representación del ministro, por el doctor Enrique M. Gamio, director general de Culto, y por el subdirector Isaac Bocanegra Dancuart. Presentes se encontraban también los miembros de la comunidad agustino-recoleta de Lima, así como otros religiosos y representaciones de los chotanos y cutervinos residentes en la capital, que de esta manera querían hacerse presentes y expresar su alegría por contar con prelado propio y hacerle sentir desde el primer momento su cercanía y acogida. Todos fueron agasajados en la residencia de Santa María Magdalena, en la que no faltaron discursos y brindis con palabras cargadas de afecto por parte del vicario provincial Feliciano Díez y del director de Culto del ministerio. Correspondió con sus palabras, como es de ley, el prelado electo.

Pasarán todavía unos 20 días hasta que arribe a Chota, sede de la nueva jurisdicción eclesiástica. En Lima permanece hasta el 2 de julio en que inicia el camino hacia Chota. En esos días cumplimenta a las autoridades eclesiásticas y civiles, al mismo tiempo que alista los detalles relacionados con la toma de posesión canónica y llegada a Chota. Las colonias de chotanos y cutervinos resi-

dentes en la capital le ofrecerán también una recepción en el Club departamental Cajamarca.

Chotanos y cutervinos volverán a manifestarle su afecto al arribar a Chiclayo, donde las respectivas colonias son muy numerosas. En esta ocasión tendrá un encuentro con ellos en una celebración eucarística que preside en la iglesia catedral. Cada vez se siente más la cercanía del rebaño espiritual que le espera con ansia.

El camino de Chiclayo a Chota es una sucesión ininterrumpida de arcos, flores, discursos, bienvenidas, brindis, bandas de música..., saludos de las autoridades y alegría y afecto de todo el pueblo. Emprende el viaje desde Chiclayo el 6 de julio. Integra la comitiva del prelado, entre otros, el obispo auxiliar de Chiclayo, Luis Sánchez-Moreno Lira, delegado del señor nuncio para dar cumplimiento a las bulas pontificias y posesión canónica al prelado, y el padre José Martínez Recalde, en representación de la orden de agustinos recoletos. El primer saludo se lo tributa, apenas entrado en territorio de la prelatura, una maestra con los alumnos de su escuelita. Después vendrá el encuentro con los sacerdotes y fieles de Llama y Huambos. Aquí concluirá la primera jornada. El día siguiente le lleva a encontrarse con los fieles de Yamaluc, Cochabamba, Lajas y Chota.

Chota le acoge con toda la alegría y algarabía que se pueda imaginar. Todos aguardan con curiosidad a conocer a su primer prelado. En la calle están autoridades civiles, políticas, eclesiásticas, colegios, escuelas y el pueblo entero, de la ciudad y campiña. Bajo palio recorre el camino hasta el templo, desde ahora iglesia catedral de la prelatura. Ya en la iglesia, presente el clero de la nueva jurisdicción, tiene lugar la lectura de la bula de constitución de la prelatura, la carta del Papa a los fieles de la prelatura y el nombramiento del padre Florentino Armas como su primer prelado sin carácter episcopal. Preside la celebración eucarística el nuevo prelado, se dirige al pueblo el delegado del señor nuncio y al final no faltan las palabras de quien acaba de asumir oficialmente el gobierno pastoral de esta nueva Iglesia particular.

Siguen las celebraciones en la calle con el desfile de colegios en la Plaza de Armas y el almuerzo ofrecido por la sociedad chotana al nuevo prelado y acompañantes. En los días siguientes continuaron los saludos de autoridades y personas particulares que se iban acercando a la residencia del prelado para felicitarle, expresarle sus respetos y ofrecerle su colaboración.

5. Todo por hacer

Cumplidos todos los actos oficiales, la vida seguía su curso y había que comenzar a actuar. Como jurisdicción nueva, en ella todo estaba por hacer. La

Santa Sede le había presentado al prelado un plan de acción que señalaba las prioridades de su acción pastoral. Apuntaba en él como objetivos: la promoción de vocaciones sacerdotales y religiosas, la organización catequística laical, la creación de escuelas parroquiales, la celebración de los sacramentos, especialmente de la confesión y eucaristía, la santificación de los hogares, la creación de organizaciones para el progreso social de los pueblos, el establecimiento de centros misionales de tres religiosos al menos y la organización de las distintas ramas de la Acción Católica. No era poco para el reducido número de efectivos apostólicos con que contaba en ese momento la nueva prelatura: seis religiosos agustinos recoletos, tres sacerdotes diocesanos y una comunidad religiosa femenina dedicada casi exclusivamente a la educación.

6. La labor pastoral del prelado

A. SACERDOTES Y RELIGIOSAS

Por el camino había escuchado el prelado el clamor de los pueblos que pedían sacerdote. En la región nunca habían abundado, pero generalmente habían estado cubiertas las nueve parroquias entonces existentes. Al crearse la prelatura, la diócesis madre de Chiclayo había ofrecido a los sacerdotes residentes en las parroquias de las provincias de Chota y Cutervo la posibilidad de seguir en su diócesis de origen y varios optaron por aceptar la oferta. En concreto no quedaron más sacerdotes diocesanos que el anciano párroco de Tacabamba, Abdón Velásquez, el de Querocotillo, Homero Lezama, y el de Pimpincos, Antonio Vigil. Junto a ellos estaban los seis recoletos distribuidos en las parroquias de Chota y Cutervo, quienes atendían también por encargo las de Lajas y Súcota.

En sus primeras cartas como prelado aparece repetidas veces esta preocupación que será una constante durante todo su pontificado en Chota. En su relación con los superiores de la orden estará siempre presente llegando incluso a solicitar —y conseguir— sacerdotes de provincias distintas a la de San José que había asumido el compromiso. La orden de agustinos recoletos, fiel al compromiso asumido, pondrá pronto a disposición del prelado siete sacerdotes jóvenes, llenos de entusiasmo, con los que contribuir a hacer frente a las múltiples necesidades. Después, año tras año, irán llegando nuevos efectivos que en algún momento llegarán a ser más de 20. En alguna ocasión, sintiendo la insuficiencia de efectivos, piensa en dirigirse a otros institutos religiosos, pero, de hecho, nunca llegará a hacerlo. Entiende que podría considerarse como que la orden de agustinos recoletos no estaba respon-

diendo adecuadamente al compromiso asumido. Por otra parte, los tres sacerdotes diocesanos del inicio pronto quedarán reducidos a uno y de edad avanzada.

Su preocupación por la presencia de sacerdotes en el mayor número de pueblos para una mayor cercanía y un mejor servicio a los fieles le llevará a crear parroquias en las que va a residir durante años un solo religioso. Esta solución, contraria al espíritu de la corporación religiosa, obligará más adelante a un cambio de rumbo en orden a una atención pastoral más conforme con el espíritu comunitario de la comunidad recoleta.

Las esclavas del Sagrado Corazón de Jesús eran el único instituto femenino presente en la prelatura. Ellas también habían llegado respondiendo a la invitación del nuncio Carboni para estar presentes en el campo educativo y apenas llevaban algo más de un año en Chota cuando se crea la prelatura. Pronto (abril de 1964) llegarán las religiosas de Santa Dorotea para hacerse cargo del colegio de señoritas de la ciudad de Cutervo y años más tarde (1965) lo harán las religiosas misioneras de la Virgen del Pilar y Santiago apóstol. En ambos casos tuvo incidencia directa su actuación para que llegaran a cuajar los deseos de contar con un número mayor de institutos religiosos femeninos.

B. LA VISITA PASTORAL

El campo a cultivar era un terreno desconocido para el prelado, de ahí que una de sus primeras ocupaciones fuera visitar la jurisdicción. En Chota alterna las visitas a los pueblos y parroquias con la asistencia al concilio Vaticano II. Aprovecha el considerado tiempo bueno, de mayo a septiembre, para estas visitas y los de octubre a diciembre para participar en Roma en la asamblea conciliar. El calendario de visitas realizadas a los distintos lugares de la Prelatura nos muestra cómo fue un pastor solícito por la grey encomendada y siempre cercano a los fieles, cercanía que también se ponía en evidencia en la catequesis que impartía, tras la misa diaria, para remediar o atenuar la ignorancia de los fieles o en el paseo diario delante de la casa prelatia.

La primera visita pastoral la inicia el año 1963 y la concluye el 1966. En ese período llega no solamente a las cabeceras parroquiales, que en ese momento eran nueve, sino también a multitud de lugares, la mayoría de los cuales nunca habían recibido visita episcopal. El año 1963 acude a Cutervo y Súcota realizando en ambos lugares más de 1500 confirmaciones. Más largas serán las visitas del año siguiente, en que llegará a los pueblos de Chadín, Huangamarquilla, Pachcha, Quidén, Chalamarca, Santa Clara, Masintranca y Colpa, de la parroquia de

Chota; a Santa Cruz de Cutervo, Choros, La Sacilia, Santo Tomás, Cujillo y San Juan de Cutervo, de la parroquia de Pimpincos; a La Ramada, Pión, Chimbán, San José y San Luis de Lucma, de la parroquia de Sókota; más Conchán, Anguía y Chiguirip, de la parroquia de Tacabamba. Son en total más de cincuenta días de viajes a lomo de cabalgadura (apenas había unas pocas trochas en toda la prelatura), muchas horas de confesiones y celebraciones eucarísticas y varios miles de confirmaciones. En mayo de 1964 escribía al padre Jenaro Fernández: «... fui con dos padres a una gira por pueblos distantes de la sede y por caminos terribles. Estuvimos 18 días de a caballo y todavía estamos dando gracias a Dios por haber vuelto con vida. No es imaginable cómo se ponen los caminos en invierno, los que ya en verano son casi intransitables. Ahora estoy pendiente de hacer otra gira mucho más larga y no menos penosa. Mi intención es aprovechar las meses que faltan para ir al concilio para ver si puedo lograr visitar una buena parte de la prelatura». Entre mayo y septiembre realiza estas visitas, que tiene que alternar con la atención de los demás asuntos de gobierno ordinario.

Un año después vuelve a escribir al padre Jenaro: «Dentro de pocos días emprenderé una gira por el monte (lo invito a montar a caballo), que durará mes y medio; y quizá lo alargue por 20 días más, si tengo tiempo...». De hecho le lleva por la extensa parroquia de Querocotillo, en la que visita los pueblos de Querocoto, Pacopampa, Vista Alegre, La Granja, Pariamarca, Querocotillo, Santa Rosa, Callayuc, Santa Clara, Miraflores y Santo Domingo de la Capilla. Camino largo y penoso que entonces había de hacerse en su totalidad en acémila y debiendo atender pueblos con notable sensibilidad religiosa y muy gran participación en los sacramentos y vida de la Iglesia.

Concluiría esta primera visita pastoral el año 1966 con la visita a las parroquias de Llama y Huambos, llegando a los pueblos de Licupís, Miracosta, Nieves, Sangana, Anguyacu, Angulís, Tocmoche, Carhuaquero, Limoncarro, Llama, Padén, Huambos, Cochabamba, Yamaluc, Lancheconga y Sogos. Esta visita le ocupa los días 1 al 26 de julio.

No faltan en estos años, aparte esas visitas pastorales, otras visitas y presencias puntuales, sobre todo en las cabeceras parroquiales y en algunos distritos, principalmente con ocasión de las fiestas patronales y en otras fechas de especial significación para los pueblos. En los siguientes no encontramos visitas largas, pero sí las hay a lugares concretos. Chabarbamba, Lajas, Cutervo, Anguía, Tacabamba, Huambos, Conchán, Utchuclachulid, Chuyabamba, Huambos son nombres que aparecen en los registros.

En los años de 1970 y 1971 volverá a ponerse en camino con el propósito de llegar de nuevo a los lugares más apartados de la jurisdicción. La primera de estas visitas es de 45 días, del 1 de agosto al 15 de septiembre, y le lleva por las parro-

quias de Pimpincos, Santo Tomás y Sócota llegando a los pueblos de Cuica, El Rollo, Pimpincos, Santo Tomás, San Juan de Cutervo, Pión, Chimbán, San José, La Ramada, San Luis de Lucma, Santo Domingo, Chisigle, San Andrés y Sócota. En este recorrido sufrió una caída que va a marcar un punto de inflexión en la salud de monseñor Florentino. Quien hasta el momento no sabía —la expresión es suya— «lo que es una aspirina», a partir de ahora andará mucho tiempo entre médicos, medicinas y hospitales, como si tuviera que igualarse con el común de los mortales.

Bajaba de San Juan de Cutervo hacia el río Marañón para encaminarse hacia Pión y en el recorrido sufre una aparatosa caída del animal que le transporta. El golpe es fuerte y fuertes los dolores; se piensa incluso en la posibilidad de alguna fractura. Llegado al *puerto* de Malleta se encuentra frente a la alternativa de cambiar de ruta y dirigirse a la ciudad de Jaén, sede del vecino vicariato apostólico del mismo nombre, donde podrá recibir la atención que requería el caso, o seguir el programa prefijado, camino hacia Pión, que es lo mismo que alejarse de toda posibilidad de cualquier atención médica, incluso elemental. Opta por lo segundo y sigue su camino con el espíritu del misionero que no quiere que se sientan frustrados los muchos fieles que le esperan con ilusión. Varios de estos pueblos van a recibir por vez primera la visita de un obispo. El accidente tiene lugar seguramente el 24 de julio, pues el 23 está en San Juan y el 26 ya en Pión. Le aguardan todavía nueve etapas y muchas horas de camino por senderos largos y peligrosos.

Atendida la salud en la capital una vez concluida la visita pastoral, en seguida comenzará a pensar en una nueva visita para el año siguiente. Esta vez le llevará a las parroquias de Querocotillo y Santo Domingo de la Capilla. Serán 50 días, del 25 de agosto al 14 de octubre, y los lugares visitados son Querocoto, Pacopampa, Mitobamba, La Granja, Pariamarca, Quipayuc, Inguer, Querocotillo, Santa Rosa, Sillangate, Callayuc, Santo Domingo de la Capilla, El Cumbe, Silugán, Santa Clara y Santa Cruz de Cutervo. Muchos días, muchos y muy malos caminos, lluvias, muchas horas de atención pastoral, descansos incómodos..., demasiado para una persona que al concluir la visita está cumpliendo los 71 años.

Las visitas fuera de la sede serán pocas en los años siguientes y los destinatarios serán los fieles de los pueblos a los que llega la trocha carrozable: Lajas, Sócota, Cutervo, Huambos, Tacabamba, Anguía...

C. LAS VOCACIONES

Al crearse la prelatura había seminaristas procedentes de las provincias de Chota y Cutervo en el seminario de Trujillo; figuraban como seminaristas de la

diócesis madre de Chiclayo y pasarán enseguida a ser considerados como propios de la prelatura. Los últimos años de los 60 y los del 70 del siglo pasado no fueron buenos para el cultivo de las vocaciones. Pronto se cierra el seminario de Trujillo y los seminaristas seguirán cada uno su propio camino, ajeno al vocacional sacerdotal.

Monseñor Florentino, atento a las indicaciones de la Santa Sede, tenía en mente desde el principio la creación de un seminario propio. A tal efecto inició la construcción en Chota de un local amplio, en el que hubiera lugar para la vivienda del prelado y fuera también casa de formación de los aspirantes al sacerdocio, una especie de seminario menor. La obra material se concluye e inaugura el año 1967. El prelado insiste en la necesidad de sacerdotes en diversas cartas pastorales, sea con ocasión de la institución de la jornada de oración por las vocaciones, sea con ocasión del día del seminario. Todos los buenos deseos del prelado por contar con clero propio se irán truncando uno detrás de otro. Ni la escuela *San Agustín*, que inicia en el nuevo local, ni otros intentos van a dar fruto a corto plazo. Sin embargo, de estos años son los primeros intentos por parte de sacerdotes de la prelatura por favorecer la causa vocacional, acogiendo y acompañando en las parroquias a algunos jóvenes que muestran interés por el sacerdocio ministerial. Primero en Sócota con el padre Ricardo Muñoz y después en Querocoto con el padre Jesús Rodríguez se inician unas experiencias que con el paso del tiempo darán como fruto los primeros sacerdotes y tendrán más sólida continuidad cuando se reabra el local del seminario de la ciudad de Chota. Pero eso ya le tocará a su sucesor. Cuando se comiencen a recoger estos frutos, habrán pasado varios años desde la renuncia del primer prelado, quien ya habrá llegado a gozar de la vida de los bienaventurados.

Con todo, tuvo la satisfacción de ordenar dos sacerdotes de la orden de agustinos recoletos, los padres José Miguel Lerena, en España, y Antonio Álvarez. La ordenación de éste, celebrada en la solemnidad de san José del año 1975, fue la primera que tuvo lugar en la catedral de Chota.

D. LOS LAICOS: EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

El papel de los laicos en la Iglesia era algo relativamente nuevo en la conciencia eclesial al inicio de los años 60 y prácticamente desconocido en el medio rural peruano como era el de la prelatura. Si recordamos el desempeño de monseñor Florentino en los años de sacerdote en Venezuela, allí lo veíamos promoviendo las asociaciones de fieles, hermandades y cofradías y contando con la cooperación de laicos en actividades parroquiales, ya en las catequesis o en otras

de diverso género. Ése era el tenor de la participación de los laicos en la vida de la Iglesia en el mejor de los casos.

Entre las encomiendas que la Santa Sede indica al nuevo prelado estaba la de organizar la catequesis laical. Constatando la ignorancia religiosa de las mayorías quiso responder a ella con la movilización de algunos laicos especialmente preparados. Favoreció su empeño un movimiento religioso que estaba brotando con fuerza en algunos lugares de la prelatura de la mano del Apostolado de la Oración. Eran laicos, pertenecientes a pueblos y comunidades vecinos al vicariato apostólico de Jaén, atendido por los padres jesuitas. Éstos promovían la devoción al Corazón de Jesús y la práctica de los primeros viernes y aquéllos encontraron en esta práctica de devoción un camino para profundizar en su vida cristiana. Quienes iniciaban este camino lo hacían acompañado de otro de conversión personal. Una conversión que suponía una clara ruptura con las debilidades humanas comunes entre sus coterráneos y el inicio de una vida en la que la formación religiosa y la práctica sacramental de la confesión y eucaristía eran su base y fundamento. El movimiento se propagó rápidamente, sobre todo en el medio rural, de la mano de estos nuevos apóstoles que con la palabra y el ejemplo atraían a gentes sencillamente buenas que con ellos iban descubriendo una vida nueva en la amistad y el amor del Señor.

Monseñor Florentino se dio cuenta de esto y quiso aprovecharlo al máximo. Si por las visitas pastorales iba conociendo el alma religiosa de sus feligreses y también su ignorancia (de «supina, aterradora, imponente, impresionante» la califica en una de sus cartas pastorales), en estos cristianos renovados vio el elemento que podría generar la necesaria formación religiosa de las personas y sobre todo una vida cristiana renovada y vigorosa. Todas estas constataciones y propósitos los formuló en una carta circular sobre el Apostolado de la Oración fechada en marzo de 1970.

Como la devoción al Sagrado Corazón de Jesús era el punto fuerte de su espiritualidad, comenzó por convocar a estos hermanos del Apostolado de la Oración, como se conocían y se les conocía, a celebrar su festividad en la iglesia catedral de Chota. En una carta de invitación les decía: «Los hermanos del Apostolado nos reuniremos, ante todo, para honrar juntos y en familia al Sagrado Corazón de Jesús que tanto ha amado y ama a los hombres [...] Nos reuniremos para organizarnos mejor y estrechar más íntimamente nuestros lazos de fraternidad, para animarnos los unos a los otros al ver que no estamos solos sino que formamos un ejército numeroso y bien disciplinado al servicio de Cristo. Nos concentraremos, en fin, para demostrar que estamos dispuestos a vivir la autenticidad de nuestro cristianismo en privado y en público, por convicción, sin temor a lo que no hay que temer ni a miramientos humanos».

En camiones, que era el medio al alcance de los más alejados geográficamente, en acémilas o a pie llegaban hasta la sede prelaticia donde el mismo prelado los acogía en su casa y les atendía durante los días que permanecían con él. El momento más importante de estos encuentros, que se celebraron durante varios años, era la Eucaristía de la fiesta en la iglesia catedral. Además de esto tenían sus ratos de oración con sus propias devociones y momentos de instrucción religiosa e indicaciones para una acción, vamos a llamarla pastoral, en sus propias comunidades. El mismo prelado recuerda emocionado la experiencia del año de 1970 en una carta dirigida a estos hermanos poco después de la celebración del 5 de junio. Estas celebraciones se iniciaron el año 1967 y continuaron hasta el 1974.

La acción pastoral de estos cristianos se reducía en los primeros tiempos al rezo del santo rosario, instrucción con el catecismo, testimonio de vida y la acción personal directa, invitando a otros a la participación en los actos de piedad y al cambio de vida. Las reuniones de oración se tenían en la capilla, donde existía, o en alguna de las casas de los asistentes. Más adelante, con más formación y organización, se fue iniciando en las capillas rurales, que comenzaron a multiplicarse, la celebración de la Palabra con los textos litúrgicos del domingo. Cuando el desarrollo de la catequesis y la vida cristiana comenzó a florecer en multitud de lugares, el prelado, atento a la nueva realidad y a las necesidades espirituales de los fieles, autorizó a algunos párrocos a mantener el Santísimo Sacramento en determinadas iglesias y capillas rurales y concedió a algunos de los catequistas más afianzados en su servicio eclesial autorización especial para que distribuyeran la sagrada comunión en las celebraciones dominicales.

Ha sido éste un camino pastoral fecundo que tuvo sus orígenes en la preocupación pastoral de monseñor Florentino, con un comienzo humilde y con los humildes de la tierra y que viene dando frutos abundantes, en el apostolado laical y también en el campo de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Quienes han conocido este campo en las décadas posteriores han contemplado cómo un número elevado de laicos, hombres y mujeres, siguen dando vida a las comunidades cristianas, y cómo han florecido las vocaciones al ministerio ordenado y la vida consagrada, principalmente con miembros de las familias que han experimentado este florecer de la vida cristiana en sus hogares y comunidades. Cuando la prelatura de Chota celebraba sus 50 años de creación, se podía hablar de varios miles de estos catequistas, agentes de pastoral, de muchos más hermanos del Apostolado de la Oración, aparte otros movimientos laicales, de cerca de 50 sacerdotes ordenados y de algo así como dos centenares de religiosos en diversos institutos, principalmente femeninos. La siembra iniciada por el obispo Florentino Armas en medio de dificultades y sudores, secundada por los sacerdotes y religiosas, estaba dando opimos frutos.

Quiso introducir también en los pueblos más importantes los Cursillos de Cristiandad que tan buenos frutos estaban produciendo en aquellos años en otras latitudes. A tal fin invitó y recibió la visita de miembros del equipo de cursillos de la arquidiócesis de Nueva York, donde los agustinos recoletos estaban al frente de dicha pastoral. Realizaron sendos cursillos en Chota y Cutervo; la experiencia, empero, no tuvo continuidad, pero sí dio fruto en la vida de algunos de los participantes. Es otra muestra de su interés por renovar la vida cristiana del rebaño que el Señor le había encomendado.

E. EL APOSTOLADO DE LA BUENA PRENSA

Venimos haciendo mención de sus cartas pastorales. Siguiendo la tradición de la Iglesia enviaba periódicamente sus cartas a los fieles. Como se indica en alguna de ellas, se hacía una tirada de unos mil ejemplares que se leían en las parroquias y se distribuían entre los fieles. Entre éstos, incluso entre los menos instruidos había en aquellos años un gran interés por leer cuanto cayera en sus manos, y el obispo lo sabía. De ahí que se cuidara de poner en ellas algo que pudiera alimentar su fe a través del papel impreso. Y como no podía ser menos, comenzó por la Biblia y el catecismo. Comenzaba a circular la Biblia en los ambientes de la prelatura, seguramente por la presencia e influencia de grupos cristianos no católicos que iban haciéndose presentes. Él personalmente se encargó de gestionar la llegada de biblias —entonces la edición de Nácar-Colunga, de la BAC— que, a través de las parroquias, estaban a disposición de los fieles interesados, entre los que hay que destacar una vez más a los hermanos del Apostolado de la Oración, siempre pendientes de la llegada de nuevos ejemplares para poder conseguir el propio. Se da el caso de adultos, no tan jóvenes, que comenzaron a aprender a leer para poder acercarse a la Palabra revelada. Con él la Biblia se hizo libro de familia en muchos hogares. ¡Cuántos ejemplares distribuidos!

En sus viajes a Lima visitaba las editoriales para encontrar en ellas los ejemplares de la doctrina cristiana que habían sido libros de texto en las escuelas y colegios y que por los cambios en los programas educativos habían quedado fuera de uso. Él creía que podían prestar un buen servicio a los fieles, al tiempo que con ellos combatía la ignorancia que tanto le hacía sufrir. Y con ellos cargaba hasta la sede y desde allí los distribuía a parroquias, comunidades y fieles.

Otro libro que tuvo mucha difusión en la prelatura en aquellos años fue el titulado *La Cena del Señor*, libro muy apropiado para la participación de los fieles en la liturgia, especialmente con los cantos; eran los años de la renovación litúrgica posconciliar.

Fruto de sus desvelos e interés son también los primeros folletos publicados en la prelatura: uno primero lo preparó él mismo para que las familias anotaran sus datos más importantes: fecha de matrimonio de los padres, del nacimiento y bautismo de los hijos..., datos que entonces no era tan común que estuvieran presentes en la memoria de las gentes. Después fueron apareciendo otros varios con temática principalmente sacramental, preparados por sacerdotes y religiosas, que fueron utilizados como subsidios en la renovación pastoral-sacramental en la prelatura.

Durante su pastoreo se inició también la publicación del boletín pastoral que, con el título de *Abriendo surcos*, quería contribuir a facilitar el servicio religioso de los catequistas en sus capillas rurales y allí donde no había presencia de sacerdote para el culto dominical. De esta manera se iba respondiendo a otra de sus grandes preocupaciones.

También soñó e inició algunas gestiones orientadas a la adquisición de una emisora de radio con que ampliar la acción evangelizadora. Pensaba en el gran bien que se podía hacer en favor de gentes tan dispersas y alejadas de los centros parroquiales. Eran tiempos en que el campesino andaba siempre con el aparato de radio al lado, ya en la casa, por los caminos o en las chacras. Esta justa y deseable aspiración se hará realidad muchos años después, cuando *Radio Santa Mónica* comience a surcar los cielos de la prelatura y regiones vecinas con el mensaje de la Palabra de Dios, la voz del pastor y la difusión del sano entretenimiento y la cultura.

F. EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR

Desde su llegada, la atención a los fieles el día domingo fue como una obsesión. Desconocedor de la realidad que le esperaba, una de las cosas que más le llamó la atención y preocupó desde el principio fue la no celebración de la eucaristía dominical en la inmensa mayoría de los pueblos de la jurisdicción. Nueve eran las parroquias existentes en el momento de la creación de la prelatura y únicamente contaban con sacerdote cinco de ellas, consecuencia, entre otras cosas, de la división de la diócesis de Chiclayo al crearse la prelatura. Las dos regentadas por los agustinos recoletos —Chota y Cutervo— contaban con varios sacerdotes, que habían comenzado a atender las de Lajas, Huambos y Sócota los fines de semana; las tres del clero secular contaban con uno solo que en aquel tiempo y circunstancias no podía atender más que un solo lugar. En una carta dirigida al padre Jesús Manzanares pocos días después de su asunción canónica como prelado ya le encarga gestiones encaminadas a conseguir algún vehículo

que posibilite desplazamientos de los sacerdotes con la finalidad de poder celebrar la Eucaristía dominical en varios lugares distintos de la cabecera parroquial y contrarrestar la acción de grupos no católicos que van haciendo su aparición y sembrando confusión entre la feligresía. Con el paso del tiempo sus gestiones darán fruto y serán varios los vehículos —jeeps y motos— de que dispondrán los sacerdotes para poder desplazarse en las distintas atenciones a las extensas jurisdicciones parroquiales.

G. NUEVAS PARROQUIAS

El paso del tiempo, el mejor conocimiento de la realidad y sobre todo la llegada de un número creciente de sacerdotes agustinos recoletos, principalmente en la década de los años 60, le va a permitir no sólo contar con sacerdotes en todas las parroquias de antigua institución sino también la creación de algunas nuevas. La primera en ser creada es la de Santo Domingo de la Capilla en el año 1967, conformada por el distrito del mismo nombre, que será la sede parroquial, el de Callayuc y el de Santa Cruz de Cutervo. Los dos primeros pertenecían a la parroquia de Querocotillo y el tercero a la de Pimpincos. Un año después se crea la de Santo Tomás, segregando de la parroquia de Pimpincos los distritos de Santo Tomás —sede parroquial—, San Juan de Cutervo y Cujillo. La última sería la de Cochabamba, creada el año de 1969, con la comprensión del distrito del mismo nombre. Habrán de pasar muchos años hasta que se creen otras.

7. *Padre conciliar*

El inicio del pontificado de monseñor Armas coincide con la celebración del concilio ecuménico Vaticano II; se había iniciado unos meses antes de su promoción para la sede prelatia de Chota y se había celebrado ya la primera de sus sesiones. Entre la primera y la segunda tiene lugar la muerte del santo papa Juan XXIII y la elección de Pablo VI, quien no sólo decide continuar el concilio, sino que convoca de inmediato la segunda sesión. A ella es convocado también monseñor Florentino en su condición de prelado nullius, quien participa tanto en esta segunda sesión como en las de los años siguientes hasta su clausura en diciembre de 1965. No consta de ninguna participación especial o personal suya en las deliberaciones conciliares. Creemos que puede aplicarse plenamente a él la afirmación de un historiador nuestro de que no hubo intervención oral importante de los obis-

pos recoletos, salvo alguna de monseñor Martín Legarra. Si hemos de dar crédito a lo escuchado a algunos religiosos que vivieron con él en los años conciliares y posconciliares, éstos comentaban que en ocasiones le decían al prelado: «Pero esto lo ha dicho el concilio». A lo que dicen que respondía: «Sí, pero con mi voto en contra». Creo que hay que entender esto —que podemos darlo como verosímil— no como una resistencia a la enseñanza conciliar, sino como una muestra de que los nuevos aires e ideas que circularon por el aula conciliar eran ajenos a la mentalidad, formación y trayectoria vital de este buen religioso y abnegado pastor que siempre quiso ser —y lo fue— hijo fiel y obediente de la santa Madre Iglesia. De hecho nunca se opuso al trabajo pastoral que se iría desarrollando con el empuje de los religiosos jóvenes que iban llegando a la prelatura, a los que les tocó llevar a cabo las nuevas disposiciones de la renovación conciliar, y toda su actuación en favor de la acción pastoral de los laicos del medio rural bien puede ser considerada como una puesta en práctica de la enseñanza conciliar sobre la vocación y compromiso apostólico de los laicos. Confiando en sus jóvenes sacerdotes creó el consejo de pastoral en uno de sus últimos actos de gobierno.

La fidelidad en la asistencia a las sesiones conciliares la mantuvo también en la participación en las asambleas de la conferencia episcopal peruana. El padre Agustín Gurría, que fue su secretario y vicario general, afirma que no faltó a ninguna de ellas hasta la enfermedad que le llevó a la limitación física de que después hablaremos. No fueron fáciles aquellos años en el seno de la conferencia episcopal donde se encontraban tendencias personales y pastorales diversas y no es difícil imaginar que esto le hizo sufrir a quien siempre fue amigo de la paz y la concordia.

Con espíritu de comunión y fraternidad episcopal participó también en todas las asambleas de pastoral de la región norandina que se celebraron en aquellos primeros años 70.

8. *El episcopado*

No pasó desapercibido su trabajo al frente de la prelatura de Chota a las autoridades de la Iglesia. Su desempeño como prelado estaba satisfaciendo las expectativas de Roma. Lo pudo comprobar el nuncio Rómulo Carboni en la visita que hizo a Chota. Se cumplían cuatro años de la creación de la prelatura cuando el papa Pablo VI, por la bula *Qui in beatissimi Petri*, de 8 de abril de 1967, le nombra obispo con el título de Macomades. La noticia se hizo pública el 12 del mismo mes. Era el reconocimiento a su labor que sería más completa ornado con la dignidad episcopal. La orden de agustinos recoletos y especialmente la provincia de

San José reciben con gozo esta nueva distinción. Para la provincia era la primera vez que un hijo suyo era elevado al episcopado. De ahí que el padre provincial Jesús Galdiano, que a la sazón se encontraba en el Perú en visita oficial, disponga todo lo conveniente para la mejor realización de cuanto se relacione con la consagración episcopal. Se quería que fuera una fiesta eminentemente agustino-recoleta.

El cardenal Juan Landázuri, arzobispo de Lima y primado del Perú, aceptó la invitación para ser el obispo consagrante. Le acompañarán los obispos recoletos Martín Legarra, prelado de Bocas del Toro (Panamá), y Arturo Salazar, vicario apostólico de Casanare (Colombia). La fecha fijada es la del 4 de junio de 1967.

Conforme a lo previsto, monseñor Florentino Armas recibe la consagración episcopal en la iglesia de Santa María Magdalena, del distrito limeño de Pueblo Libre, de manos del cardenal Juan Landázuri. En la ocasión se encuentran presentes, además de los co-consagrantes, los obispos Fidel Tubino, auxiliar de Lima, Luis Sánchez-Moreno, administrador apostólico de Chiclayo, y Damián Nicolau, prelado de Huamachuco. Es numerosa la presencia de frailes agustinos recoletos venidos de varios países de América, amén de los residentes en Perú. Llegan de España los sacerdotes Ángel y Juan Francisco Armas, hermano y sobrino del nuevo obispo. También están presentes varias comunidades religiosas masculinas y femeninas, las colonias de chotanos y cutervinos residentes en la capital, el embajador de España, senadores y diputados de Cajamarca, Chota y Cutervo, alcaldes... No faltaron tampoco los homenajes y agasajos en honor del nuevo obispo en la embajada de España y en otros lugares de alguna manera vinculados con el personaje y el mundo de su campo de acción pastoral.

Complemento y colofón de esta magna celebración fueron, en primer lugar, la bendición de la casa y capilla que la comunidad recoleta acababa de construir en Chiclayo, acto que tuvo lugar el 8 de junio. Vendría después el saludo festivo de los pueblos de la ruta, camino a Chota: Llama, Huambos, Yamaluc, Cochabamba y Lajas. Y finalmente el recibimiento apoteósico en la ciudad de Chota con autoridades, población, escuelas y colegios..., canto del *Te Deum*, desfile de los planteles escolares en la Plaza de Armas y almuerzo ofrecido por la sociedad de Chota. La jornada del día siguiente, domingo 11 de junio, comenzó con solemne misa pontifical en la catedral de Chota, seguida de la bendición de la nueva casa del obispo destinada también a seminario menor de la prelatura, fruto de las gestiones, desvelos e interés del prelado por hacer realidad esa necesaria atención de todo prelado que es la formación de los futuros sacerdotes secundando los deseos de la Santa Sede. Continuaba el servicio pastoral, pero ahora con una nueva y más alta gracia y responsabilidad.

9. Casa obispado y seminario

Al llegar a Chota como prelado en 1963 monseñor Florentino Armas encuentra todo por hacer. Por no tener no tiene ni siquiera casa propia. Durante cuatro años estará acogido a la casa de la comunidad agustino-recoleta que atiende la parroquia de la ciudad. Es una casa hecha de materiales rústicos para los sacerdotes que han de atender la parroquia. Cuando se construye pocos años antes nadie piensa en todo lo que va a ocurrir en los años siguientes. La llegada del prelado y de nuevos sacerdotes obligará a ampliar un poco la casa, pero siempre dentro de la estrechez del lugar disponible. En alguna ocasión pensó el prelado en alquilar una casa mientras conseguía la propia, pero esto no llegó a hacerse realidad.

Pronto comienza a pensar en esa casa que necesita y en la construcción del seminario en que se han de formar los futuros sacerdotes diocesanos, que fue una de sus primeras preocupaciones. Al año de hacerse cargo de la prelatura ya ha conseguido un terreno en el que piensa construir seminario y obispado. Como le comunica a uno de sus corresponsales, sus amigos venezolanos han hecho posible la compra y ya piensa en los planos. Un año después comienza la construcción. Con la confianza que mantiene con el padre Jenaro Fernández le comenta en mayo de 1965: «Yo estoy aquí esperando que termine el tiempo de lluvias... para ver si doy principio a la casa prelatía y sus anexos [...] Si pensara en construcción de adobes, podría ser más o menos fácil, pero ya en estos tiempos hay que pensar en materiales modernos: hierro, cemento, ladrillo, etc... Y vea un detalle: los mil ladrillos cuestan en Chiclayo (y de allí hay que traerlos) lo equivalente a mil pesetas y sólo el transporte nos cuesta 2.600 pesetas. Y así los demás materiales... Y bastan detalles para que no me llame llorón». En alguna ocasión se quejará de los retrasos en la obra por la informalidad e incumplimientos de los responsables de la ejecución de la misma. En 1966 ya está la construcción bajo techo pero faltan los acabados. El padre José Arana, a la sazón vicario general y párroco de Chota, es el encargado de la dirección y supervisión de las obras.

Con ocasión de su ordenación episcopal, como hemos indicado antes, tiene lugar la bendición e inauguración. Ya tiene el prelado casa y seminario, pero no tiene seminaristas o tiene pocos y los pocos pronto se reducirán a nada. Habrán de pasar unos años hasta que, cambiados los signos de los tiempos, la experiencia vocacional iniciada en la parroquia de Súcota haya crecido hasta el punto de no poder acoger a los aspirantes al sacerdocio y se tome la decisión de que pasen a vivir y formarse en la casa creada para el efecto años atrás. Cuando esto sucede estamos ya en el año 1983 y monseñor Armas ya no está en Chota. A su sucesor, monseñor José Arana, que fue quien dirigió las obras y ahora es el obispo-prelado

de Chota, le tocará hacer que lo construido para seminario menor de la prelatura lo sea en realidad. Uno es el que siembra, otro...

10. Reconocimientos

Como persona humilde y fiel servidor nunca buscó la gloria humana. Sin embargo, se cumplió en él el dicho evangélico de que el humilde será ensalzado. Y ensalzado fue por Dios al elegirlo para el episcopado, y reconocido fue también por los hombres en distintas ocasiones. Seguramente la más notable fue la de sus 50 años de ordenación sacerdotal que él quiso unir, para no ser centro de atenciones, con los 10 años de la creación de la prelatura de Chota.

Tuvo lugar la celebración en Chota el día 11 de abril de 1973. El acto central, como no podía ser menos, fue la concelebración eucarística en la que estuvo rodeado en el altar por 22 sacerdotes y acompañado por la feligresía chotana que abarrotaba la catedral. Después tuvo lugar una sesión solemne en el local de la municipalidad en la que el alcalde provincial le entregó un pergamino con el aplauso y reconocimiento del pueblo.

En esta ocasión recibió cartas, mensajes y parabienes de multitud de personas. Sin duda la más importante fue la felicitación del Papa Pablo VI que se expresaba de esta manera: «Conviene, en verdad, que tengamos de ti un recuerdo singular por la gran estima en que te tenemos a causa de los múltiples trabajos apostólicos en que te has ejercitado desde que estás al frente de la prelatura de Chota».

El padre general de los agustinos recoletos, Luis Garayoa, estuvo presente en la ocasión, le dirigió una preciosa carta y tuvo a su cargo la homilía de la celebración eucarística de acción de gracias. De su carta destaco expresiones que resaltan aspectos de la vida religiosa, sacerdotal y misionera del padre Florentino: «... Después, de 1950 a 1962, el servicio callado pero eficaz, oculto pero profundo, amable y constante, prudente y delicado, lleno de alto sentido religioso en la contribución al gobierno de la orden como consejero y ecónomo general. Son los años en que personalmente vi en Ud., padre Florentino, tantos ejemplos de acendrado espíritu religioso, de consagración desinteresada al servicio de los demás, y tantas lecciones recibí de sencillez, amabilidad, entrega al trabajo, fidelidad a los actos cotidianos de comunidad, etc, etc... Y cuánto saben, monseñor, las sierras de Chota y Cutervo de sus fatigas y empresas en los diez años de pastoreo en bien de las almas: las largas andaduras a caballo como el más joven de sus misioneros, la resistencia al cansancio, a los rigores de las inclemencias del tiempo o a las

privaciones, las prolongadas y repetidas visitas a los más apartados rincones de la prelatura, pequeña en extensión, pero accidentada y quebrada como pocas».

Obispos, religiosos de distintos países, sus sacerdotes, autoridades civiles, el pueblo sencillo... le expresaron, cada uno a su manera, la gratitud por su servicio y la admiración por el espíritu con que estaba llevando adelante la no fácil tarea de la misión recibida. Actuaciones teatrales, musicales y pergaminos de reconocimiento completaron los homenajes.

Como recuerdo de esta celebración hizo imprimir el libro que contiene sus *Cartas pastorales* publicadas hasta esa fecha, en las que se recoge su magisterio y afloran sus inquietudes de pastor preocupado por la salvación de los fieles.

11. Renuncia, enfermedad, retiro y fallecimiento

En octubre de 1975 dispone su viaje a Roma para asistir a la canonización del obispo recoleto san Ezequiel Moreno. Ya en Roma, el día 31 de octubre escribe la carta de renuncia y en ella «suplica [a Su Santidad] la exoneración de su cargo, pues el 16 del presente mes de octubre llegó en efecto a la edad indicada y se encuentra algún tanto impedido para atender debidamente a caballo las montañas de la jurisdicción eclesiástica que le corresponde».

A primeros de diciembre se encuentra en Chota retomando sus actividades y presidiendo las confirmaciones y celebraciones de la fiesta de la Virgen de Chota. Pocos días después será internado en el hospital de Chota aquejado de fuertes dolores en una pierna. Al alta médica sigue poco después un nuevo internamiento que le retendrá hospitalizado hasta las vísperas de Navidad. En los últimos días del año tiene lugar la acostumbrada reunión de los religiosos en la casa prelatia, pero el prelado no está en condiciones de participar en las sesiones. Serán los mismos religiosos los que le convenzan para que se ponga en camino para la capital donde podrá recibir las atenciones médicas que puedan curar o aliviar sus males.

El 3 de enero de 1976 es llevado a Chiclayo en uno de los vehículos parroquiales; de allí continuará hacia Lima por vía aérea para ser internado en la clínica *Stella maris*, donde recibe las primeras atenciones. Le detectan bronconeumonía, arritmia cardíaca, colesterol alto y problemas vasculares en la pierna izquierda. Como la conferencia episcopal se reúne en asamblea anual en el mes de enero, allí recibe las visitas de su presidente el cardenal Juan Landázuri y de otros muchos obispos. Posteriormente es trasladado a la *Clínica Internacional*, donde, después de varias operaciones para eliminar coágulos, los médicos se ven obligados cortar la pierna izquierda por encima de la rodilla. Al saber que le amputarían la

pierna dice: «Como que hace tiempo estaba preparado a todo». La amputación tiene lugar el 2 de marzo; el 19 le dan de alta y pasa a residir en la casa de la parroquia de Santa María Magdalena en el distrito limeño de Pueblo Libre.

Las primeras noticias hablan de su fortaleza y entereza de ánimo, lo cual no es de extrañar, dada su reciedumbre espiritual, pero poco a poco se irá poniendo de manifiesto un cierto decaimiento y desánimo que no favorecen su rehabilitación. Aunque inicia el proceso para poder movilizarse con una pierna ortopédica en el hospital *Daniel Alcides Carrión*, nunca llegó a alcanzar su objetivo. Como detalle, indico que la persona que tuvo a su cargo el traslado diario a este centro hospitalario era el padre José Arana que, poco después, sería nombrado administrador apostólico de Chota. Durante este tiempo en algún momento se llegó incluso a temer que habría que amputarle la otra pierna, cosa que no llegó a suceder. El tiempo de postración y limitación son tres años de cruz pacientemente soportada. No faltan en estos años nuevos internamientos en centros hospitalarios. Concretamente está en la clínica Naval en los primeros meses de 1979, de donde es dado de alta. En una intervención posterior se le practica una traqueotomía. Finalmente, después de un tiempo en que tiene perdida la conciencia, fallece en dicha clínica el 25 de octubre de 1979. Contaba al momento de su muerte setenta y nueve años de edad.

Con anterioridad, el 5 de agosto de 1976 el papa Pablo VI le había aceptado la renuncia a la responsabilidad pastoral como obispo prelado de Chota, noticia que se hace pública el 17 del mismo mes.

La misa de exequias tiene lugar en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Caridad, en Pueblo Libre, parroquia a cargo de los agustinos recoletos, y preside la celebración el cardenal Juan Landázuri, que había sido el obispo ordenante en su consagración episcopal. Sus restos fueron depositados en el cementerio que los padres pasionistas tienen en el distrito limeño de La Molina. Allí permanecieron durante 16 años.

La nota necrológica difundida en la orden de agustinos recoletos destaca como virtudes destacadas del prelado fallecido su celo apostólico, el espíritu de pobreza y el amor a la familia religiosa en que profesó en su juventud y que mantuvo a lo largo de toda su existencia terrenal.

12. Traslado de sus restos mortales a Chota

El obispo prelado de Chota Emiliano A. Cisneros ya había insinuado en su primera intervención como prelado el deseo de que los restos mortales de mon-

señor Armas fueran trasladados a Chota por considerar que era el lugar que le correspondía, sobre todo por ser el primer obispo y prelado de la jurisdicción. De acuerdo con la comunidad recoleta dispusieron el traslado. El 23 de noviembre de 1995 fueron exhumados los restos mortales y colocados en nuevo ataúd. En la tarde de ese día fueron trasladados por vía aérea a Chiclayo, donde se celebró solemne Eucaristía presidida por el prelado de Chota y participada por sacerdotes, seminaristas de Chota, feligresía de la parroquia de la Consolación y feligreses de la prelatura residentes en la ciudad. Un día después se hizo el traslado a Chota por la ruta de Santa Cruz recibiendo el homenaje de las feligresías de Lajas y Chota. Ya en Chota fue velado en el local del obispado-seminario, donde se celebró la Eucaristía por su eterno descanso.

En la mañana del día 25, justamente a los dieciséis años de su fallecimiento, tuvo lugar el traslado de sus restos hasta la iglesia catedral donde, tras la santa misa, fueron depositados en la capilla del Santo Sepulcro. Clero y pueblo acompañaron su llegada a Chota y su postrer recorrido por las calles de la ciudad hasta el obispado y la catedral. El prelado, en la homilía de exequias, recordó su trayectoria religiosa y pastoral. Entre otras cosas dijo: «Llamado por Dios a la vida religiosa y sacerdotal, vivió plenamente entregado a su vocación. Era uno de esos religiosos íntegros: pobre, austero, sacrificado, disponible, que no da que hablar, entregado a su misión; persona olvidada de sí, de su interés, de su comodidad [...] Vivió y gobernó para que todos respondieran a Dios con aquel convencimiento y entrega con que él quería vivir su consagración».

La orden de agustinos recoletos que lo había entregado a Chota sacerdote lleno de virtudes, acogido anciano y enfermo tras su renuncia al gobierno de la prelatura, conservado sus restos mortales en Lima durante años, ahora lo devolvía a Chota para su descanso definitivo.

En su tumba, en lápida de mármol, se puede ver reproducido su escudo episcopal y la casa obispado-seminario que hizo construir. Aparece también su lema episcopal (*Da mihi animas*) y la siguiente inscripción:

Monseñor Florentino Armas Lerena
1900 – 1979
Primer Obispo Prelado de Chota
1963 – 1976

Emiliano CISNEROS
Obispo de Chachapoyas (Perú)

Resumen

Este artículo reconstruye con cariño, que en ningún momento excluye la objetividad, la vida de monseñor Florentino Armas, primer obispo prelado de Chota (Perú) desde su nacimiento en San Millán de la Cogolla (La Rioja, España) el año 1900 hasta su muerte en Lima en 1979. A los 12 años ingresó en el seminario que los agustinos recoletos regían en su pueblo y entre ellos profesó cuatro años más tarde. Desde 1927 a 1950 trabajó en diversos ministerios de Venezuela. A continuación residió en Roma como consejero general de la orden. Al término de este servicio fue llamado a regir la nueva prelatura de Chota, a la que sirvió con abnegación hasta 1976, en que el derecho canónico y la enfermedad le obligaron a presentar la renuncia. Los últimos años de su vida los pasó en Lima en lucha con diversos achaques que terminaron por llevarle a la tumba.

Abstract

This article sketches a loving and accurate portrait of Mgr. Florentino Armas, first bishop-prelate of Chota (Peru) since his birth in San Millán de la Cogolla (La Rioja, Spain) in the year 1900 until his death in Lima in 1979. When he was 12 years old was admitted in the seminary the Augustinian Recollects administered in his hometown and among them he pronounced his religious vows four years later. Since 1927 until 1950 he administered several parishes and carried out other pastoral tasks in Venezuela. Next he lived in Rome as a general counselor of the Order. Afterwards he was called to govern the newly created Prelature of Chota, to which he served with zeal and self-denial until 1976, when the Canon Law and the illness forced him to resign it. He spent the last years of his life in Lima fighting against several ailments that at last led him to the tomb.

